

Los padres somos fundamentales en la vida de nuestros hijos

LA FAMILIA es el escenario privilegiado para que se forme y despliegue la identidad. Es el espacio en el que se pueden transmitir y desarrollar dos facultades fundamentales para el crecimiento de nuestros hijos hacia su salud psicofísica: *el amor a sí mismos y el amor a los demás*.

En la familia nace el amor. Es el vínculo que sirve como matriz de inicio de la historia relacional; luego, con el crecimiento, vendrá la construcción de otros tipos de intimidad, como las relaciones de amistad o de pareja, pero es en la relación paterno-filial donde se juegan las identificaciones fundamentales para ser quien cada uno es.

Convertirse en padre o madre es una de las experiencias más profundas, complejas y enriquecedoras que las personas podemos atravesar.

Un nuevo hijo o hija, implica asombro, misterio, apertura, conmoción y novedad. Ningún padre o madre será el mismo en cada relación con sus diferentes hijos; cada uno, con su singularidad, movilizará distintos aspectos de la identidad de sus padres, poniendo en juego una relación inédita.

A su vez, con cada familia, nace una singular forma de educar. Un estilo relacional propio. Al nacer una hija o hijo nace también una madre o un padre.

La fuerza que mantiene vivo a un niño es el amor. El hecho de sentirse aceptado y amado en un ámbito familiar, en cualquiera de sus formas, hará que también se sienta digno y valioso. Ser amado implica sentirse parte. Y pertenecer implica ser mirado en el ser, más que en el hacer.

La identidad resultará de la combinación entre lo que cada hijo es en su esencia y la forma en la que es mirado, reconocido y hablado por sus padres.

Cada hijo llega al mundo con una impronta personal y única. Es una carga genética, que funciona como una disposición, como una tendencia a actuar de una forma u otra, a la que llamamos *temperamento*.

A su vez, los vínculos más primarios muestran a los niños un estilo de vida, una forma posible de mirar, sentir, pensar y accionar sobre el mundo.

Los padres que acepten que el hijo se diferencie, lo criarán con su aval para que sea cada vez más autónomo; de ese modo, irá adoptando al crecer y al vivir sus propias experiencias, y al relacionarse con el entorno, algunas pautas para ir conformando lo que se llama *carácter*.

Ser hijo o hija es tomar características de los padres y, al mismo tiempo, diferenciarse de ellos. Ser alguien es una construcción compleja, móvil y en constante transformación.

Educar implica privilegiar lo que se desea transmitir y valorar como padres, y articular ese deseo con las influencias del entorno en el que crezcan nuestros hijos (otras personas/educadores/instituciones/influencias significativas en la vida de los hijos).

Específicamente desde la labor como padres, educar implica la oscilación permanente entre momentos de claridad e instantes de perplejidad y desconcierto. No hay crianza sin miedos, sin dudas o incertidumbre, pero intentar transformar la perplejidad en claridad, será nuestro desafío permanente como padres. ¿Por qué?...porque ante la claridad de los padres, el hijo o la hija sentirá al mundo como sólido y protector; en cambio, ante la perplejidad, aumentará la ansiedad que proviene de sentir que el punto de referencia ha perdido su nitidez.

La familia es el tejido social intergeneracional. Somos seres relacionales, y nuestros vínculos primarios y más fundamentales se establecen en la primera infancia.

Hoy día, vemos y vivenciamos por nuestros propios medios, cómo las infancias se acortan; los niños abandonan los juegos infantiles para intentar ser partícipes del mundo adolescente, tan valorado e idealizado por la lógica de la comercialización. Son momentos en los que el juego infantil coexiste con las primeras conductas de rebeldía y oposición. Es un cambio rotundo, no solo para los padres, sino también para los educadores de los últimos años de la escuela primaria, que hoy percibimos conductas en nuestros alumnos que antes solo aparecían en la escuela secundaria.

En el otro polo, el de la adolescencia, notamos cómo los ritos y los logros que deberían marcar una entrada a la adultez, se postergan. Se prolonga la adolescencia en pos de una adultez que demora en llegar.

Cabe aquí preguntarnos como educadores, ¿qué tipo de vida adulta les mostramos a nuestros hijos?, ¿ven en nosotros una vida digna de ser vivida, una adultez que pueda ser disfrutada con alegría y entusiasmo? Nuestras quejas y nuestras dificultades para vivir placenteramente pueden operar en ellos como un motivo más para resistirse al crecimiento.

En cuanto a sus creencias y formas de percibir el mundo, muchos niños y adolescentes actuales son muy profundos en sus percepciones y puntos de vista sobre la vida, la existencia, el planeta, los vínculos entre las personas, etc.

Los invito a escucharlos, a buscar conversaciones en las que ellos nos cuenten lo que creen, a crear un espacio compartido para preguntarles sus opiniones sobre diferentes temas, e intercambiar dándoles nuestra mirada de padres. Aprovechemos sus dudas, su relato sobre “esto le pasó a un amigo...”, para intercambiar miradas, y escucharnos sin juicios ni opiniones arbitrarias de nuestra parte que los distancien.

Ellos a veces miran aspectos de la realidad que a los adultos nos resultan difíciles de mirar, se interesan por la ecología y por el medio ambiente desatendido por las generaciones anteriores, y pertenecen desde que nacieron a un mundo globalizado e interconectado.

Conversemos sobre sus intereses para poder acercarnos a sus paradigmas. Hablar y escucharnos favorece educar acerca de la empatía en nuestras familias.

En la conexión emocional, nuestros hijos disfrutan y anhelan el goce en la vida, miran a su mundo con el sentido que les da el entusiasmo, y piensan la vida como un lugar de regocijo.

En la sana integración entre placer y esfuerzo que nos pide la vida, ellos acentúan el gozo como motor del movimiento, mientras que nosotros, los padres y educadores, hemos crecido probablemente con la lógica del esfuerzo y de la voluntad.

Nos podemos ayudar mutuamente para lograr una sana integración entre placer y deber. Muchos de nosotros lo fuimos incorporando en la adultez; aprendimos, con dificultades, a disfrutar de la vida y de sus momentos. Los adolescentes, como generación, lo incorporan desde niños, buscan la motivación del disfrute.

Podemos tomar de ellos esa intencionalidad de vivir con alegría y mostrarles el valor del esfuerzo y de la constancia, que dan logros a mediano plazo; así como favorecer en ellos la tolerancia a la espera y a la frustración.

Cuando nuestros hijos nativos digitales no encuentran cuáles son las experiencias que los entusiasman, hacen referencia a emociones de vacío y de aburrimiento que los invaden con frecuencia; es entonces cuando necesitan de nosotros los adultos como figuras que los ayuden a reconectarse con el deseo de despliegue de sus potencialidades, para que, al validarlos en la riqueza de su ser y mostrarles sus aspectos positivos, puedan percibir y desplegar confiados sus cualidades y dones.

Tengamos siempre presente que vivir desde el entusiasmo es un gran efecto preventivo del riesgo en la adolescencia.

Cuando los padres ocupamos nuestro lugar, cuando estamos firmes - con la presencia que otorga la seguridad de sentir que el mundo es confiable -, serán los hijos los que irán tomando distancia para sentirse cada vez más protagonistas de sus propias decisiones e iniciativas.

Si vos estás, papá, o si vos estás mamá, yo puedo mirar mi propia vida para salir a conquistarla.

Otro factor que influye en la crianza son las crisis personales de los padres. Pueden ser crisis de mitad de la vida, de pareja o laborales, que se integran a la tarea de educar aumentando nuestra perplejidad. La vida es tiempo y cambio. Son crisis propias de nuestro desarrollo, del vivir, pero que influyen para que aumente la tensión en nuestras familias o tengamos menos oportunidades de estar del todo presentes.

Trabajar con lo propio es entonces muy necesario. Sanar las propias heridas y carencias, mirar nuestro momento y sus circunstancias para regularlo y no invadir a nuestros hijos con las ansiedades que tenemos como padres.

Criar es una actividad de una sutileza artesanal y, como tal, lleva tiempo e implica detenerse, pensar, mirar, y crear fuertes y profundos espacios de diálogo entre los adultos y los hijos. Educar puede requerir hacer más lenta la vida, para poder mirar, comprender, expresar, hablar y sostener a nuestros hijos en sus necesidades. La vorágine y el exceso de acción pueden distraernos de lo que el otro está necesitando para crecer bien.

Los hijos no quieren tener padres perfectos, nos quieren disponibles, coherentes y claros. Permitirán el error y las fallas en la crianza, serán contemplativos con nuestra humanidad y nuestra vulnerabilidad, pero exigirán presencia y coherencia en los mensajes. Recibir mensajes claros en la educación permite que nuestros hijos afronten su devenir con fortaleza, con mayor seguridad.

El *apego*, que consiste en darles un espacio de amor y de sostén previsible y confiable, será el trampolín para que los hijos salten a sus propias vidas y hagan honor a la época en la que nacieron y a sus formas de vida naturales. Así, se podrán implicar con lo propio, al dejar atrás estereotipos de los que rehuyen por sentirlos ajenos.

Por sobre todas las cosas, el amor incondicional de los padres permite la singularidad de nuestros hijos; es decir, ayuda a que se despliegue la esencia personal y única de cada uno.

¡Atrevámonos a ser los adultos que queremos que sean nuestros hijos!.

Florencia Arnedo
Counselor especializada en desarrollo educacional y vínculos de apego